

Joel Horowitz, *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)*, Buenos Aires, Edhasa, 2015, 320 pp.

*Hernán Camarero**

Recepción del original: 02/04/2016
Aceptación del original: 25/08/2016

El investigador norteamericano Joel Horowitz, doctor por la Universidad de California (Berkeley) y profesor en la Universidad de Pennsylvania, ha producido aportes significativos acerca de la historia de la clase obrera argentina. Se conocían partes de su trabajo más destacado, una antigua tesis de doctorado (1979), que inicialmente fue difundida en castellano a través de artículos aparecidos en la revista Desarrollo Económico, y que recién fue publicada íntegramente (con reelaboración) en Argentina en 2004, bajo el título Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946. En especial, Horowitz es referenciado como un especialista en las características y la trayectoria de la poderosa Unión Ferroviaria (UF), a cuya conducción caratuló como primera configuración de una "élite obrera" en el país. El libro que aquí comentamos, *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)*, constituye otra obra importante del autor. Ya se había publicado en inglés hace ocho años, pero ahora fue traducida y editada en el medio local. Tal como ocurre con sus otros textos, el relevamiento empírico que contiene este volumen de Horowitz en sus siete capítulos es encomiable, y se sostiene en la consulta de decenas de colecciones de periódicos, folletos, documentos y publicaciones sindicales, políticas, empresariales y estatales, que en algunos casos no habían tenido hasta el momento una indagación tan sistemática y detenida.

El problema central que recorre el libro es el de la relación entre el movimiento obrero y el Estado durante la era de los gobiernos de la Unión Cívica Radical (UCR) entre 1916 y 1930. Se parte del diagnóstico que la llegada de Hipólito Yrigoyen a la presidencia de la Nación significó el inicio no sólo de una nueva experiencia en la Argentina, caracterizada por el intento de forjar una democracia ampliada a una mayor participación de las masas en la vida política, sino también el comienzo de un período complejo y desafiante para los trabajadores organizados. Durante la década y media en la que se sucedieron las administraciones de Yrigoyen (hasta 1922), Marcelo T. de Alvear (1922-1928) y nuevamente Yrigoyen (hasta el golpe militar de 1930), se produjo un intento relativamente novedoso de integración de ciertos sectores sindicales a mecanismos "consensualistas", los cuales, necesariamente, debieron combinarse con la represión a las tendencias a la conflictividad que al mismo tiempo estallaron. Bien examinado, el objetivo del texto es comprender la lógica de la política estatal del radicalismo, no tanto examinar el proceso desde el movimiento obrero. Este último más bien aparece en escena en función de servir de explicación a las iniciativas del partido gobernante. Las preocupaciones del autor se dirigen a explorar lo que entiende como primer y fallido ejercicio de democracia política en el país durante el siglo XX.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).
E-mail: hercamarero@gmail.com

Ya desde la Introducción del volumen, Horowitz coteja su enfoque con el de otra obra de trascendencia en estos temas, la que publicó hace cuatro décadas el historiador británico David Rock, titulada *El radicalismo argentino, 1890-1930*. En este último libro se había cuestionado el contenido sociológico esencialmente pequeñoburgués de la UCR (y por ello su inconsecuencia incluso como expresión reformista), proponiendo la hipótesis de que ésta conformaba, más bien, una coalición, esencialmente conservadora del orden existente, de impronta policlasista, pero fundamentalmente estructurada como alianza entre una “clase media dependiente” y un sector de la clase dominante, en donde era esta última la que poseía carácter dirigente. Tal hegemonía se garantizaba con el aumento del gasto público, el cual permitía un “sistema de patronazgo estatal” que clientelizaba a esos sectores medios y los mantenía sometidos al redil del sector burgués expresado por el radicalismo. En ese estudio, las estrategias “obreristas” o de intento de acercamiento a los sindicatos por parte de la UCR gobernante, eran retratadas como experiencias asistemáticas y efímeras, esencialmente limitadas a los años 1916-1919 y, en parte, al breve ciclo del retorno de Yrigoyen al poder en 1928.

Si se establece una comparación con las interpretaciones de Rock, la obra de Horowitz se nos presenta como un claroscuro. En cierto sentido, en sus páginas no se alcanza a ofrecer ninguna visión global acerca de la orientación política general que poseía el radicalismo ni sobre su contenido social (terreno en el cual Rock sí procuraba aportar), apelando en cambio a argumentaciones, que en ciertos tramos, resultan algo superficiales o fenomenológicas sobre ese partido. A esto contribuyen sus recurrentes señalamientos de que la UCR, en definitiva, podía definirse como un partido obsesionado por multiplicar el número de votos y por ganar más adeptos en las clases populares, aquejado por un personalismo irreductible (sobre todo en la figura de Yrigoyen) e irrespetuoso de las formas republicanas. Sin embargo, el aspecto interesante de la obra de Horowitz es que tiende a replantear el excesivo peso que Rock otorgaba al patronazgo y clientelismo de sectores medios como factor explicativo esencial de la experiencia gubernativa de la UCR. Sostiene que esos fueron, más bien, eficaces para ganar más afiliados internos, pero no necesariamente más “popularidad” hacia afuera. Para él, lo central para obtener esta última fue el “obrerismo”, es decir, la sistemática política de seducción y acercamiento a una serie de sindicatos que los gobiernos radicales se dieron en casi todo su período (incluyendo a la etapa de Alvear, frecuentemente señalada como más “moderada” y de la “élite”). Con ello, Horowitz está señalando el peso objetivo que la clase obrera y el movimiento sindical tenían en los años '10 y '20 y su importancia para explicar cualquier proceso político general en el país. Existe toda una tradición historiográfica dominante que siempre puso el hincapié en la clase media, en el papel de los comités barriales y en los mecanismos de integración ciudadana. Horowitz, en cambio, prefiere iluminar el papel central que tuvieron las relaciones entre el Estado y el movimiento obrero.

Es la estrategia radical en pos de ganar apoyo entre los trabajadores lo que Horowitz exhibe con mayor detalle. Encuentra aquí elementos anticipatorios, pues concibe a aquella orientación como una clara prefiguración de lo que luego retomaría el peronismo con más ahínco. Y presenta sus instrumentos: la apuesta pretendidamente mediadora y paternal de un presidente inclinado a construirse bajo una imagen popular; los contactos directos con los cuadros gremiales sobre todo *sindicalistas*, aunque también socialistas; el decisivo rol que hizo jugar a la policía y al DNT en la resolución de los conflictos. Es en el análisis meticuloso del modo recurrente en que Yrigoyen, y en menor medida Alvear, llevaron a cabo estas políticas, donde se halla el aporte fundamental del texto.

El punto más ciego de la obra la encontramos en la cierta subestimación del lugar del conflicto en el entramado explicativo. No es que falten señalamientos a la enorme cantidad de huelgas y luchas obreras que signaron al período, pero ellas son atendidas en función de exhibir las inmediatas respuestas que tuvieron desde el Estado, a través de

instancias de negociación o legislación. Son las expresiones más pragmáticas y moderadas del movimiento obrero las que Horowitz expone en su estudio. Como ya había ocurrido con su trabajo sobre el ciclo 1930-1946, aquí vuelve a centrar todo el análisis sobre los gremios de transporte y servicios (ferroviarios, marítimos, municipales y otros), algunos de ellos, estratégicos y vitales para el funcionamiento de la economía agroexportadora argentina. Allí fueron los *sindicalistas* y socialistas los que conquistaron posiciones hegemónicas y, por ende, los actores principales en el relato del libro. El problema de este análisis es que deja casi fuera de examen al movimiento obrero industrial, donde las condiciones laborales eran mucho más adversas, las tendencias a la negociación y arbitraje de los radicales fueron muy escasas o ineficaces, y las corrientes dominantes se alejaban del eje *sindicalista-socialista* privilegiado por el autor, pues allí tenían peso los anarquistas y, cada vez más los comunistas. Horowitz acierta al destacar uno de los primeros intentos de cooptación del movimiento obrero desde el Estado, pero no a los elementos que contrarrestaron este escenario. De conjunto, no obstante, se trata de una obra que propone nuevas pistas y brinda elementos novedosos para seguir reflexionando acerca del vínculo de la experiencia gubernativa del radicalismo con el mundo de los trabajadores.